

pañada de un deseo sincero de recibir el Sacramento de Penitencia... El buen ladrón no tuvo que decir sino una palabra en la cruz y fué perdonado. El publicano arrepentido y golpeando su pecho no decía á Dios sino estas simples palabras : *O Dios, sed propicio á mi*. Y al dejar el templo, podía con confianza esperar, que Dios le había perdonado. Tened ánimo pues, prosigue el santo doctor; Dios es bueno, os perdonará si le oráis con humildad, porque su misericordia excede sin comparación la malicia del demonio ¹.

Amados, hermanos míos, lo mismo os digo á vosotros; sí, tengamos buena confianza, somos los hijos predilectos del Salvador Jesús. Al permitirnos y recomendarnos el recurrir á la oración, nos ha considerado como sus hijos queridos, nos ha confiado las llaves de sus tesoros. No faltemos pues á recurrir á la oración, pero recurramos á ella con humildad, y el Señor nos otorgará esta justificación, que fué otorgada al pobre publicano, de quien se trata en el Evangelio de este día... O divino Salvador Jesús, lleno de misericordia, preservad nuestras almas del orgullo; hacednos la gracia de oraros con un humilde confianza, y dignaos mostrarnos propicio á nosotros todos, pobres pecadores... Así, sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL UNDÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VII, 31-37.)

Legitimidad y utilidad de las ceremonias que la Iglesia emplea en el culto, que ella rinde á Dios, y en la administración de los sacramentos.

TEXTO. *Et suspiciens in cælum ingemuit, et ait illi Ephphetha,*

1. Primera exhortación á Teodoro. — Cf. Dom Cellier, t. VII, p. 14 y De Lanuza, *Homiliae quadrag.*

quod est adaperire. Y levantando los ojos al cielo, gimió Jesús diciendole : Ephphetha que quiere decir : Sé abierto.

EXORDIO. Hermanos míos, acababa Nuestro Señor de sanar á la hija de la Cananea. Todos los testigos de este prodigio estaban en la admiración. Por eso una grande muchedumbre acudió á su encuentro, llevando á Él, para que los sanase, mudos, ciegos, cojos y enfermos de toda clase ¹. Entre estos enfermos estaba el de quien habla el Evangelio del día de hoy : « Jesús volviendo á salir de los confines de Tiro, fué por Sidon á la Mar de Galilea. Y le traen un sordo mudo, y le ruegan que le ponga la mano encima. Y tomándole á parte de entre la gente, metió Jesús sus dedos en las orejas de él, y escupiéndolo tocó su lengua : Y mirando al cielo, gimió y le dijo : Ephphetha : que es decir : Sé abierto. Y luego fueron abiertos sus oídos, y fué desatada la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijese á nadie; pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo : Bien lo ha hecho todo : á los sordos ha hecho oír, y á los mudos hablar. »

Vemos, hermanos míos, en este sordo mudo la imágen del pecador, y las condiciones que deben acompañar su conversión, para que sea buena y sincera. Es menester que salga de la muchedumbre, es decir, que vuelva á entrar en sí mismo, considere su estado, examine su conciencia. Es menester que oiga la voz de la gracia, á la cual por tanto tiempo ha permanecido sordo.

En fin, es menester que se desate su lengua y confiése sus pecados ²...

PROPOSICIÓN. Pero las circunstancias extraordinarias, que acompañan la curación del sordo-mudo, me inspiran otro pensamiento... Jesucristo poco tiempo ántes había enérgicamente condenado las tradiciones vanas, las observancias supersticiosas de los Fari-

1. Mat., xv, 30.

2. Nos ha parecido que este asunto, que, por lo demás, se deriva más propiamente de este Evangelio, sería mejor colocado en el tiempo del Adviento ó de la Cuaresma.

séos¹, ¿acaso no habrá querido mostrarnos, por medio de las señales misteriosas que emplea en la curación de este sordo-mudo, que, en oposicion á las observancias superticiosas, podía haber ceremonias laudables y legítimas?

DIVISION. Pero, no siendo el culto exterior sino el conjunto de las ceremonias aprobadas por la Iglesia, fundadas sobre la tradición de los Apóstoles y la autoridad de Jesucristo, deseo demostraros : *Primero* : la legitimidad de las ceremonias, que la Iglesia emplea en el culto, que rinde á Dios y en la administracion de los sacramentos; *segundo* : su utilidad.

Primera parte. Legitimidad de las ceremonias exteriores que la Iglesia católica emplea en el culto, que rinde á Dios y en la administración de los sacramentos... Quizás, hermanos míos, necesitéis de algunas explicaciones, para comprender bien el asunto, que debo tratar esta mañana; voy pues á dáros las tan breves y simples como pueda... Ha habido herejes que han pretendido, que todas las ceremonias de la Iglesia, es decir, todas estas señales exteriores, por las cuales manifestamos á Dios nuestro respeto; todos estos ritos de que rodeamos la administración de los sacramentos, para hacer comprender mejor su importancia y conciliarles un respeto más profundo, eran prohibidos, como poco dignos de Dios, contrarios á su voluntad, y como si encerrasen un germen de idolatría... La Iglesia católica, congregada en un concilio universal, ha condenado solemnemente estos novadores impíos²... Pero Jesucristo los había condenado de antemano.

En el milagro de este día emplea él mismo señales exteriores, modelos misteriosos de las que debía emplear su Iglesia.

¿No le veis sacando á este sordo-mudo de entre la turba, metiéndole los dedos en las orejas y poniéndole saliva sobre la lengua, levantando los ojos al cielo, echando un suspiro y pronunciando con autoridad esta palabra : *Ephphetha*, orejas de este

1. Véase el cap. xv de San Mateo, y el principio del viii cap. de San Marcos.

2. Concilio de Trento, sess. vii, *De Sacramentis in genere*, can. 13, y sess. xxii, *De Sacrificio Missæ*, can. 7, etc.

pobre sordo-mudo, abríos... Qué pues! o buen Salvador, ¿qué significan todas estas circunstancias? Necesitáis de tantas ceremonias, de tantos ritos exteriores para sanar á este enfermo?... ¿No sois Él que con un gesto ha calmado la mar agitada? No sois ya más Él que curabais sin verle al criado del centurion, tocado de una enfermedad mortal, y decíais á su dueño : *Id, vuestro criado está sano...* ¿No sois Él que, encontrando en Náim el ataúd de un jóven, que llevaban á enterrar, dijisteis al cadáver : *Jóven, levántate, yo te lo mando.* Hoy, ¿porqué, pues, tantas señales, tantas ceremonias exteriores por un prodigio ménos resplandeciente, por la curación de un sordo-mudo?...

Sí, hermanos míos, se halla aquí algo misterioso. Desde luego, para sanar á este sordo-mudo, le saca Jesucristo de entre la muchedumbre. Me diréis quizás : Es para hacernos conocer, que el pecador que quiere convertirse, debe volver á entrar en sí mismo, y examinarse en el silencio de su conciencia.

Convengo en ésto; pero, á mi parecer, en esto no está toda la significación de tal circunstancia; porque, cuántos pecadores, cuántos poseidos del demonio curó nuestro divino Salvador, en medio aun de la muchedumbre, que les rodeaba!... Veo en ésto la justificación de esos ritos espirituales, de esas ceremonias particulares, por las cuales la Iglesia disponía antiguamente sus hijos al bautismo, y por los que dispone los jóvenes levitas al sacerdocio.

Todo lo que debe estar consagrado á Dios de una manera especial debe ser segregado del vulgo; un augusto sacramento, el Orden, consagrará á los sacerdotes, que han de servirle en el altar; ceremonias santas santificarán los templos, que le serán dedicados... Sí, todo, hasta el cementerio, en donde deben un día descansar nuestros huesos, como fieles católicos que somos, será el objeto de una bendición especial.

Jesús pone en seguida sus dedos en las orejas de este pobre sordo-mudo, despues, tomando saliva, le tocó la lengua diciendo : *Sé abierto.* Esta ceremonia, cristianos, lo sabéis, la Iglesia la observa en el bautismo, no ignoráis que el sacerdote, despues de

varios exorcismos, toca las orejas, en seguida las ventanas de la nariz del niño cerca de la boca, diciendo : *Sé abierto*. Como si dijese : Pobre niño, tú no perteneces aun á Dios; pero por medio del bautismo tú vas á ser su hijo; ¡ ah, ojalá no seas sordo á las verdades de la religión, á las enseñanzas, que más tarde te serán dadas; ojalá tu lengua, como la del sordo-mudo, cuando un día se desate para hablar, evite las blasfemias, las maledicencias y calumnias, las palabras demasiado libres; ojalá, por el contrario, se complazca en pronunciar el nombre de Jesús, en bendecirle, en darle gracias, en cantar sus alabanzas; *Et loquebatur recte...*

En fin, Jesús levanta los ojos al cielo y dá un suspiro. Levanta los ojos al cielo; y para qué, os pregunto?... Es que Dios no está en todo lugar? ¿Es que él mismo no es Dios? Por esta señal, hermanos míos, ha querido justificar todas las actitudes exteriores, humildes y piadosas, que tomamos, cuando oramos en particular, y que la Iglesia consagra en sus ceremonias públicas. Y para citar solamente un ejemplo de las mismas, ved al sacerdote durante el santo sacrificio de la Misa : alternativamente levanta los ojos hacia el cielo, como se dice de nuestro divino Salvador en el Evangelio del día de hoy; despues, los baja sobre el altar, como los bajaba Jesús en el huerto de las Olivas. Y todas estas ceremonias, apoyadas en el ejemplo de Jesucristo, prescritas por la autoridad de la Iglesia, son talmente legítimas, talmente obligatorias, que si voluntariamente nosotros omitiéramos una sola, seríamos culpables delante de Dios¹.

Segunda parte. He añadido, hermanos míos, que estas ceremonias eran útiles. En efecto, éllas excitan y estimulan la piedad interior.

A veces oís á impíos ó ignorantes, que dicen : « Yo no voy á Misa, ya ruego en mi casa. » Otro os dirá : « No me arrodillo, pero por eso no reconozco ménos, que tenemos un Dios allá arriba y le ruego dentro de mí mismo. » Qué pues, cuando oís á

1. Gury, *De Sacrif. Missæ*, casus xv.

esos hombres hablar un semejante lenguaje, ¿ acaso los creéis? ¿No sabéis que el hombre que voluntariamente no santifica el domingo, que ridiculiza á aquellos, que asisten al santo sacrificio de la Misa y pretende que nuestros oficios son vanas ceremonias, ne sabéis, repito, que este hombre es un impío, y que un retazo de papel contendría fácilmente todas las oraciones, que hace en un año?... ¿No os arrodilláis jamás, decís, oráis dentro de vos mismo, en vuestro interior?..

Dudo de ello, amigo mío, pero suponiendo que esto sea verdad, decidme, oráis con el mismo fervor, la misma piedad con que orabais en el tiempo de vuestra primera comunión, cuando teníais el hábito de orar arrodillado?..

Uno de los más famosos filósofos del último siglo, Juan Jacobo Rousseau, se chanceaba un día de un simple aldeano, buen cristiano, porque se arrodillaba para dirigirse á Dios. « Amigo mío, le decía el filósofo, con tono burlon, Dios es demasiado grande; cuando queréis rogarle, no os hagais tan pequeño, porque sería posible, que no os oyese; es ridículo creerse de una talla demasiado alta para hablar á Dios. » El aldeano le respondió con buen juicio : « Sí, Dios es grande, lo sé yo; pero cuando se prosterna mi cuerpo, siento que mi alma se eleva más hácia él, aunque se humilla; me parece que Dios está más dispuesto á oirme favorablemente. » Este hombre tenía razon, y el filósofo, que le chanceaba y pretendía no tener necesidad de arrodillarse, volvióse loco¹ algunos años despues, á consecuencia de su desmesurado orgullo, y se quitó lastimosamente la vida, abandonado de Dios y de los hombres.

Amados hermanos míos, para haceros comprender mejor todavía la utilidad de este culto, de estas ceremonias exteriores, consultad vuestra propia experiencia, trasportaos en espíritu á nuestras hermosas solemnidades, á la fiesta de Pascua, por ejemplo, ó á un día de primera comunión.

Al ver esta procesión de niños piadosos, los unos llevando una

1. Vease Faller.

banda por distintivo en el brazo, las otras vestidas de blanco, todos trayendo un cirio en la mano, ¿no sentís vuestro corazón conmovirse? ¿Esta asistencia numerosa y recogida, estos suspiros del órgano, estos cantos graves y solemnes no hablan á vuestra alma?

¿Es que no sentís nada á la vista de estos ricos ornamentos sagrados, de estas flores que decoran el altar, de este incienso que sube hácia el cielo, como un símbolo de la oración?... ¿No es verdad que en estos días, que en estas circunstancias nos hallamos más dispuestos á orar, que nuestro corazón se eleva con mas facilidad hácia Dios?... Y por qué, pues?... Sí, yo os lo pregunto: ¿Porqué? Es porque estas ceremonias, estas señales exteriores, al mismo tiempo que impresionan nuestros sentidos, conmueven nuestra alma...

Los herejes, los impíos, los incrédulos de todo género lo saben bien; y es por esta razón, que hacen tantos esfuerzos para atacar y ridiculizar los ritos sagrados, las santas ceremonias de la Iglesia. Según ellos, no más agua bendita, no más cirios, no más lámparas que ardan ante el altar, ningún ornamento, ningunas imágenes en nuestros templos; no quieren ni genuflexiones, ni arrodillamientos, ni invocaciones; en una palabra toda señal exterior de devoción les desplace, y querrían quitar á la religión lo que hace su esplendor y su belleza! Insensatos, ¿no sabéis, que los ritos exteriores son para la fé, la piedad y religión, lo que la corteza es para el árbol, lo que las hojas son para el fruto? Quitad al árbol su corteza, y perecerá; quitad á la viña sus hojas, y no llegarán sus frutos á madurar. El culto exterior es útil; yo diré más, es necesario para sostener, para conservar y fortificar el culto interior, que consiste en los homenajes del alma; así la corteza es indispensable para impedir que el árbol se deseque, así las hojas son necesarias para que el fruto pueda llegar á ser maduro. « La vid no tiene uvas, decía el profeta, la higuera no ha producido fruto, porque sus hojas han caído ¹. »

1. Jeremias, VIII, 13.

De la misma manera, hermanos míos, perecerían en las almas la fé, la piedad, todos los sentimientos interiores, si se suprimía de nuestra santa religión las ceremonias exteriores, que emplea la Iglesia, ya sea en el sacrificio de la Misa, ya en la administración de los sacramentos.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, cuál era mi intención, al haceros estas consideraciones sobre nuestras ceremonias religiosas, sobre estas señales de respeto, que la santa Iglesia católica, Esposa inmaculada del Salvador, tributa á su divina Cabeza?... ¡Ah, mi objeto, hélo aquí: Quería mostraros, que teniendo su origen en el ejemplo de Jesucristo, que no había desdeñado estos ritos exteriores, que á veces aun les había multiplicado al obrar sus milagros, como lo vemos en el Evangelio del día de hoy; quería, repito, mostraros cuanto respeto merecen de nuestra parte. Quería precaveros contra las necias objeciones de los herejes, que á veces atacan nuestras ceremonias las más hermosas, las más santas, las cuales se remontan hasta los tiempos de los Apóstoles. En efecto, hermanos míos, lo mismo que los protestantes han disminuido las verdades, que nos enseña la fé, así han suprimido todo lo que hay de hermoso, de solemne, y majestuoso en el culto, que rendimos á Dios.

Pero, sobre todo, hermanos míos, quisiera ponerlos en guardia contra los discursos de estos hombres ignorantes ó impíos que, dispensándose de la asistencia al santo sacrificio de la Misa, no dando señal alguna de religión, pretenden sin embargo (por lo ménos lo dicen) honrar mejor á Dios que vosotros, que os arrodilláis para rogarle, que os haceis un deber de asistir á los oficios, y de tomar parte en todas nuestras santas ceremonias. ¡Ah son éstos Fariseos de la ignorancia; sea cual fuere la afectada honradez de esos hombres, guardaos de sus palabras... Continúa arrodillándoos ante Dios por la mañana y por la noche, cuando le rogáis. Sed fieles en venir con nosotros cada domingo á este recinto, para rendir á nuestro divino Salvador un culto exterior y público. Si lo haceis con humildad, aunque seáis pobres pecadores; si aunque fueseis sordos y mudos, como el enfermo de

nuestro Evangelio, Jesús, el Dios misericordioso, pondrá sus dedos en vuestras orejas, es decir que os hará oír su voz, que sus buenas inspiraciones penetrarán hasta vuestro corazón. Vuestra lengua, muda y endurecida, se sentirá suavizada por la unción de su gracia; y después de haberle bendecido, rogado y alabado en el tiempo, le bendeciréis y alabaréis también por toda la eternidad... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, X, 23-37.)

Nuestra caridad para con el prójimo debe ser verdadera, compasiva y generosa.

TEXTO. *Vade et tu fac similiter. Vé, y haz tú lo mismo,*

EXORDIO. « En aquel tiempo, dice el Evangelio de este día, Jesús dijo á sus discípulos : Bienaventurados los ojos, que ven lo que vosotros véis, porque os digo, que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros véis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Y hé aquí que un doctor de la Ley se levantó tentándole y diciendo : Maestro, ¿ Qué debo hacer para poseer la vida eterna? Y él le dijo : ¿ Qué está escrito en la ley? ¿ Cómo lees? Él respondiendo, dijo : Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Jesús le dijo : Bien has respondido, haz eso y vivirás. Mas ese hombre, queriendo justificarse á sí mismo, dijo á Jesús : Y quién es mi prójimo? Y Jesús tomando la palabra, le dijo : Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de los ladrones, que le despojaron, y después de haberle inferido muchas heridas, le dejaron medio muerto y se fueron. Aconteció, pues, que un sacerdote

bajaba por el mismo camino; y cuando le vió, pasó de largo. Y así mismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. Mas un samaritano, que iba de camino, se llegó cerca de él, y en viéndole se sintió conmovido de compasión y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia de carga, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él. Y otro día sacó dos monedas y las dio al mesonero y le dijo : Ten cuidado de él y cuanto gastares de mas, te lo pagaré cuando vuelva. Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel, que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues vé, le dijo entonces Jesús, y haz tu lo mismo.

PROPOSICIÓN. Tal es hermanos míos la narración del Evangelio de este día. Preguntan á Nuestro Señor, que es necesario hacer para alcanzar la vida eterna. Y Él da una respuesta detallada, mostrando por medio de un ejemplo como debemos portarnos con respecto al prójimo, y termina con estas palabras : « *Vé y haz tu lo mismo, si quieres llegar á la vida eterna.* » Me propongo, pues, esta mañana deciros en pocas palabras las cualidades, que debe tener nuestro amor, nuestra caridad para con el prójimo, para que sea agradable á Dios y nos merezca la vida eterna...

DIVISION. Según la enseñanza de nuestro augustísimo Maestro, la caridad para con el prójimo debe ser semejante á la del Samaritano, de quien habla este Evangelio. Pues bien : esta caridad reúne tres condiciones. *Primeramente* élla fué verdadera. *En segundo lugar* : élla fué compasiva; *terceramente*, élla fué generosa. Tres pensamientos sobre los cuales voy á llamar vuestra atención.

Primera parte. Caridad verdadera. Ah! hermanos míos, bien lo sabeis, se hace un deplorable abuso de las mejores cosas, y á veces el afecto, el amor, que se tiene al prójimo, los servicios, que se le hacen, servicios que siempre debieran ser meritorios ante Dios, son con frecuencia estériles y alguna vez culpables... Ellos son culpables, cuando son hechos con intenciones malas; sea que tengan por objeto el seducir y arrastrar al mal á las personas, á quienes se hacen; sea que tengan por motivo nuestra